

admitian niños para conservarlos en la inocencia, y habitarlos á la virtud, ántes que su razón se desarrollase, como se ha visto en la historia de los religiosos de Tabenna y de los desiertos de Esceta. Vivió setenta y cuatro años sin salir del monasterio, de suerte que no tenia conocimiento alguno de las cosas del siglo, y no conocia ni aún los animales más comunes. Tenia una sencillez y una pureza de corazón tan grandes, que Teodoreto, que con frecuencia le visitaba, no podia ménos de estar admirado. San Siméon Estilita fué algún tiempo del número de sus discípulos.

Heliodoro habia muerto, cuando Teodoreto escribia las Vidas de los Padres en 440 : de modo que su monasterio debió haber sido fundado hacia el año 375, y según otros cálculos, hacia el 360.

SAN SIMEON EL ANCIANO, ABAD DE AMAN,
Y LOS BIENAVENTURADOS PALADIO Y
ABRAHAM, SOLITARIOS DE SIRIA.

San Simeón, abad de Amán, no se retiró desde un principio á la montaña de este nombre, que está muy cerca de Antioquia; sino que ántes vivió en una caverna muy léjos de esta ciudad, en el pais de los ismaelitas. Allí pasó mucho tiempo, dice Teodoreto, que escribió un resumen de su vida, separado enteramente del trato de los hombres, no comiendo más que yerbas, y alimentando su alma con una oración casi continua. Dios recompensó aún en esta vida los trabajos de su penitencia con tantas gracias, que aún las bestias más feroces se le acercaban, y le obedecian, cual si fuesen animales domésticos. Este poder que tenia sobre

ellas no sólo fué conocido de los fieles, sino que hasta los enemigos de la fé fueron testigos de él y lo publicaban.

Los judíos que iban más allá de nuestra provincia, dice Teodoreto ¹, fueron sorprendidos en el camino por una lluvia tan extraordinaria, mezclada de vientos y torbellinos, que no viendo por donde iban, se extraviaron por el desierto sin encontrar ni una aldea, ni una caverna en donde ponerse á cubierto de la tempestad, ni persona alguna que les indicara el lugar en que se hallaban. Por último, despues de caminar mucho tiempo luchando con la tempestad, se encontraron cerca de la caverna del Santo, que para ellos fué cual puerto para una nave que ha sufrido violenta tempestad.

Vieron á este hombre de Dios desprovisto de todas las comodidades de la vida, cubierto con viejas pieles de cabra, y sin cuidarse para nada de su cuerpo. Pero si le vieron austero y riguroso para consigo mismo, experimentaron al mismo tiempo, por la manera cortés con que los recibió, que la caridad de los santos es tan dulce, como dura su penitencia. San Siméon los acogió con benevolencia, y preguntándoles el objeto de su venida, le refirieron como habian sido sorprendidos por la tempestad, y se habian extraviado sin saber el camino que habian de seguir, y que su intención era llegar á una aldea que le nombraron, suplicándole que les mostrase el camino.

Esperad un momento, les dijo, y os daré guías que os acompañen. Poco tiempo despues, vieron venir dos leones que no daban signo alguno de ferocidad, y que se aproximaron al Santo, acariciándole y demostrando que esperaban sus órdenes. Entónces les hizo señal de que acompañasen á aquellos extranjeros hasta el camino que conducia á la aldea á que querian ir, lo que hicieron al punto. Teo-

¹ Es decir, más allá de los límites del imperio, lo cual hace saponer que la caverna de este Santo estaba cerca de estos límites.

doreto asegura que este milagro es tan evidente, que nadie se atreveria á ponerlo en duda.

El relato que de él hicieron estos judíos pasó de boca en boca, y dió á conocer la virtud de este Santo. Los ismaelitas corrieron en tropel á su caverna, lo cual le proporcionó ocasión de hacer muchos milagros. Pero sea que temiese la vanidad que inspiran los aplausos humanos, sea que su gusto por la soledad no pudiese acomodarse con estas frecuentes visitas, abandonó su caverna, y vino á ocultarse en el monte Amán. Los habitantes de estas montañas estaban imbuidos en las supersticiones de la idolatría, y aún cuando el Santo no habia traído otro objeto á la montaña que separe del mundo, su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas no le permitió vivir ocioso, y empleó el don de hacer milagros con que el Señor le habia favorecido en plantar allí la religión cristiana. Los paganos, admirados con estos prodigios, así como con la santidad de su vida, abrieron sus ojos, reconocieron sus errores, y los abjuraron. Teodoreto asegura que la piedad que diseminó en este pais era muy floreciente, cuando él escribia su historia.

Añade que no puede expresarse el número de maravillas que obró, y se contenta con detallar una que demuestra que el Santo poseía á un mismo tiempo el espíritu de los profetas, y el poder de hacer milagros que fuera concedido á los apóstoles. « En el tiempo de la recolección, dice, un hombre robó á otro una gavilla; pero Dios no tardó en castigarle, haciendo que un rayo prendiese fuego á toda su hacienda. Lleno de espanto este miserable, acudió al Santo que no vivia muy léjos, y le contó su desgracia, pero ocultándole su robo. El hombre de Dios le dijo que se guardase de ocultar la verdad, y comprendiendo el ladrón que Dios le habia revelado su crimen, lo confesó al Santo, y éste le aseguró que tan luego como restituyese las ga-

billas robadas, se extinguiría el fuego, como así sucedió efectivamente: pues este hombre se apresuró á restituir lo hurtado, y cesó el fuego sin necesidad de apagarlo con agua.»

Los habitantes de la aldea, admirados con este milagro, lo pusieron en conocimiento de Antioco. Todos se apresuraron á venir á ver al santo hombre, unos para obtener la libertad de algún poseído, y otros para alcanzar la curación de diferentes enfermedades, y la virtud de Dios, que estaba en él, hacía que ninguno se retirase sin haber alcanzado lo que pedia.

Esto fué motivo para que nuevamente mudase de habitación. Se determinó, pues, á retirarse al monte Sinai, con la esperanza de disfrutar las delicias de la soledad. Muchos de los que habian imitado su género de vida quisieron seguirle, y él lo consintió. Cuando hubieron llegado al desierto de Sodoma, vieron elevarse desde un foso dos manos, y considerando que esto pudiera ser una astucia del demonio, se pusieron á orar; pero viendo que continuaba la misma aparición, se aproximaron, y no volvieron á verla más.

Quisieron asegurarse más de la verdad, y vieron practicada en la tierra una especie de cueva de suficiente capacidad para servir de morada á un hombre. En efecto, allí encontraron á un anacoreta que, elevadas sus manos al cielo, oraba cuando ellos llegaron; pero que se ocultó al sentir sus pasos.

San Siméon no dudó que era un siervo de Dios, cuyo mérito queria darles á conocer la divina Providencia, é inclinándose para descubrirle, le conjuró que por caridad dijese si era verdaderamente un hombre: pues nosotros somos, le dijo, religiosos amantes del reposo y de la soledad, y vamos á adorar á Dios en la montaña en que dió su ley á su siervo Moisés. Al oír estas palabras, se presentó el

que estaba oculto demostrando una mirada enteramente salvaje, un semblante lleno de arrugas, los cabellos encrespados y su cuerpo desecado por la penitencia y cubierto de un hábito hecho de hojas de palmera.

Los saludó atentamente, y para satisfacer su piadosa curiosidad, les dijo que, habiendo llegado con un amigo y con el designio de ir, como ellos, al monte Sinai, se prometieron reciprocamente no separarse hasta la muerte: que habiendo caído enfermo este compañero, y habiéndole Dios separado de esta vida, le sepultó en aquel paraje, y que para cumplir su promesa, habia abierto aquella fosa junto á la suya, en donde se habia sepultado vivo, para continuar sus ejercicios de solitario, como lo hacia ántes, de venir á aquel lugar.

Añadió que se alimentaba de dátiles, y en efecto, algunos momentos despues vieron venir un león cargado con una rama de palmera llena de dátiles, que vino á depositar ante el siervo de Dios. Los compañeros del Santo tuvieron miedo; pero el anacoreta les tranquilizó mandando al león que se retirase. Les dió estos dátiles, y despues de hacer oración y de cantar los salmos con ellos, los despidió.

San Simeón y sus compañeros continuaron su camino, llenos de contento y de admiración por el descubrimiento que acababan de hacer. Llegaron felizmente al monte Sinai, en que Moisés tuvo la dicha de hablar con Dios: se prostraron en tierra y permanecieron ocho dias sin moverse y en continua oración. Dícese que una voz celestial les mandó levantarse y que comiesen de lo que tenían delante. Encontraron efectivamente tres manzanas: comieron, y dieron gracias, reanimando de esta manera sus abatidas fuerzas.

Como no habia venido al monte Sinai para fijar en él su morada, volvió á Amán, en donde edificó dos monasterios. Uno en la cúspide, y otro en la falda de esta montaña. Es-

tas dos casas, dice Teodoreto, fueron dos academias para los que querian instruirse en la ciencia divina de las virtudes. Allí se reunia un gran número de generosos atletas de Jesucristo, llenos de fervor y de ánimo. El bienaventurado Simeón les servia de maestro, y les enseñaba á descubrir los artificios del enemigo, á confiarse sin temor en la protección del Señor, por cuya gloria combatian contra las potestades de las tinieblas, y á conservarse en la unión, en la dulzura y en la caridad para con los compañeros.

La reputación de san Simeón se extendió muy léjos. La solidez de sus instrucciones; sus prodigios y sobre todo la santidad de su vida le hicieron muy célebre, y habiéndole Dios retirado de este mundo para coronar sus trabajos con una gloria immortal, dejó, dice Teodoreto, en el espíritu de los hombres un recuerdo de bendición que no puede borrarse.

Mi bienaventurada madre, dice el mismo historiador, tuvo la dicha de recibir frecuentemente su bendición, y me refirió la mayor parte de las cosas que he dicho, lo cual demuestra que no habla como testigo ocular, como lo hace al trazar la vida de otros solitarios, á quienes conoció y trató personalmente; pero la piedad de su madre no puede dejar duda acerca de la verdad de lo que de éste refiere. San Simeón debió morir hacia el año 390 según el cálculo de Tillemont, y la razón que dá éste es que Teodoreto, que dice que no le conoció, nació hacia el año de 393. Los griegos honran su memoria el 26 de enero. Puede verse á Bolando en este dia. Valois cree que es el mismo que Zozomeno dice haber sido muy célebre en tiempo de Constancio en los desiertos de Mesopotamia, comprendiendo en estos desiertos el de Antioquía, que formaba parte de ellos.

Teodereto habla también de los bienaventurados Paladio y Abrahám. El primero era íntimo amigo de san Si-

meón, y se visitaban con alguna frecuencia para animarse mutuamente en el celo por la gloria de Dios y en su santo amor. Paladio tenia su celda cerca de una aldea llamada Imma ó Immai, en la diócesis de Antioquía. Allí se ejercitaba con santo ardor y generosa paciencia en los trabajos de la vida solitaria, en los ayunos, en las vigilias y en una oración continua.

Dios hizo en su favor un milagro patente para destruir la calumnia de un hombre malvado que habia asesinado á otro, y que queria atribuirle el homicidio. La feria de esta aldea habia atraído á un gran número de mercaderes, y uno de ellos, despues de haber sacado una suma considerable de la venta de sus mercancías, se disponia á partir á la media noche. Observábale un ladrón que le seguia de cerca, y habiendo llegado á un paraje en que nadie podia verle, se arrojó sobre él, le mató y le quitó todo el dinero. Para ocultar mejor su crimen, se unió á otro que no era ménos detestable, y llevaron el cadáver ante la puerta de la celda de Paladio, para hacer recaer sobre él la muerte.

Paladio gozaba de grande veneración en aquel lugar; pero habiéndose propagado por toda la feria la noticia de este crimen, corrieron todos al lugar en que se hallaba el cadáver, y quisieron hacerle culpable. El asesino tuvo la osadía de presentarse, para hacerse ménos sospechoso. Se promovió un gran alboroto: destrozaron la puerta de la celda de Paladio, le llamaron asesino, y quisieron castigarle como homicida.

El santo solitario no se turbó en medio de este tumulto; ántes bién, lleno de confianza en Dios levantó á él sus manos y su corazón, pidiéndole que se dignase disipar la calumnia y manifestar la verdad. En seguida tomó de la mano al muerto, y le dijo: Declara en alta voz quién te ha matado, y haz conocer la inocencia del acusado. El muerto levanto la cabeza: abrió los ojos: dirigió una mirada sobre

todos los asistentes, y señaló con el dedo al asesino. Entónces se levantó un grito entre toda la multitud, que no se hallaba ménos indignada de la impostura del criminal, que conmovida por el milagro, con que Dios manifestaba la inocencia de Paladio. El asesino fué registrado: se le encontró el dinero robado: se vió que su espada estaba teñida de sangre, y la estimación en que hasta entónces habia sido tenido Paladio por su extraordinaria virtud, aumentó en el pueblo con esta señal evidente de la protección divina. Teodereto dice que en su tiempo se hallaba todavía tan viva la memoria de este prodigio, como si hubiera sido muy reciente.

Abrahám, imitador del género de vida de san Simeón y del bienaventurado Paladio, no fué ménos célebre que ellos por sus virtudes y sus prodigios. Nada más dice Teodereto; pero es muy suficiente para darnos una idea de su mérito. Dios la confirmó despues de su muerte con multitud de milagros que se realizaron en su tumba.

SAN SIMEON, PRIMER ESTILITA ¹

Tillemont, cuya autoridad como crítico aceptan los espíritus fuertes, hace notar, tratándose de las actas de san Simeón Estilita, que su historia es tan cierta como extraordinaria, y tenemos el consuelo de oponer á los que rehúsen prestarles fé, pruebas tan ciertas de lo que vamos á decir, que seria preciso rechazar la autoridad de los mejores historiadores. Cuanto más increíble parece esta his-

¹ Cosme, Teodoreto, Antonio, Teodoro el lector, Evagrio, Baronio, los Bolandistas, Tillemont, Baillet.